

EXALTACION

DE LA SERENIDAD

FRAY LUIS DE LEON

(IV Centenario)



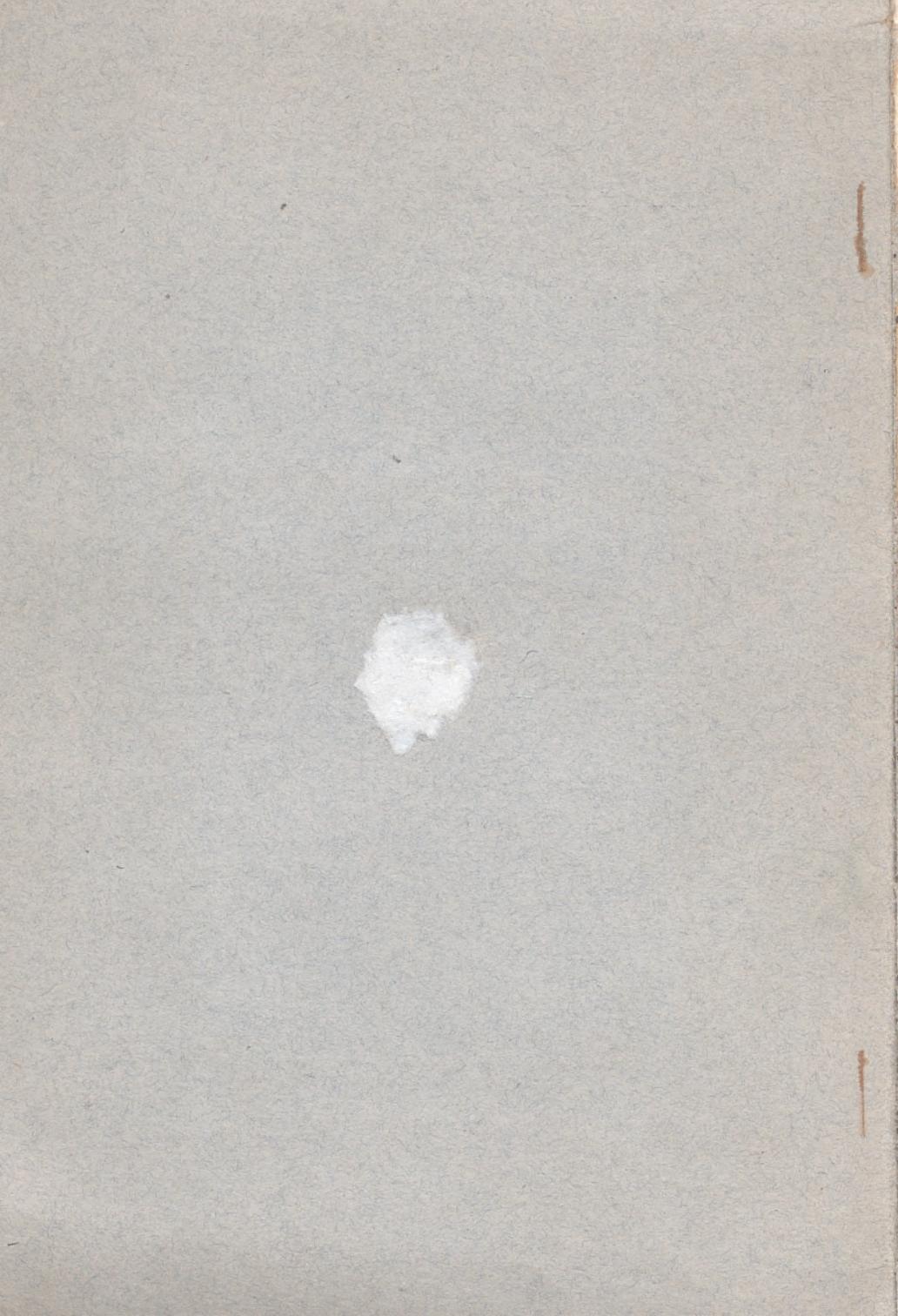
por
JERONIMO ZOLESI

—
Montevideo

1929

O. Sapoch

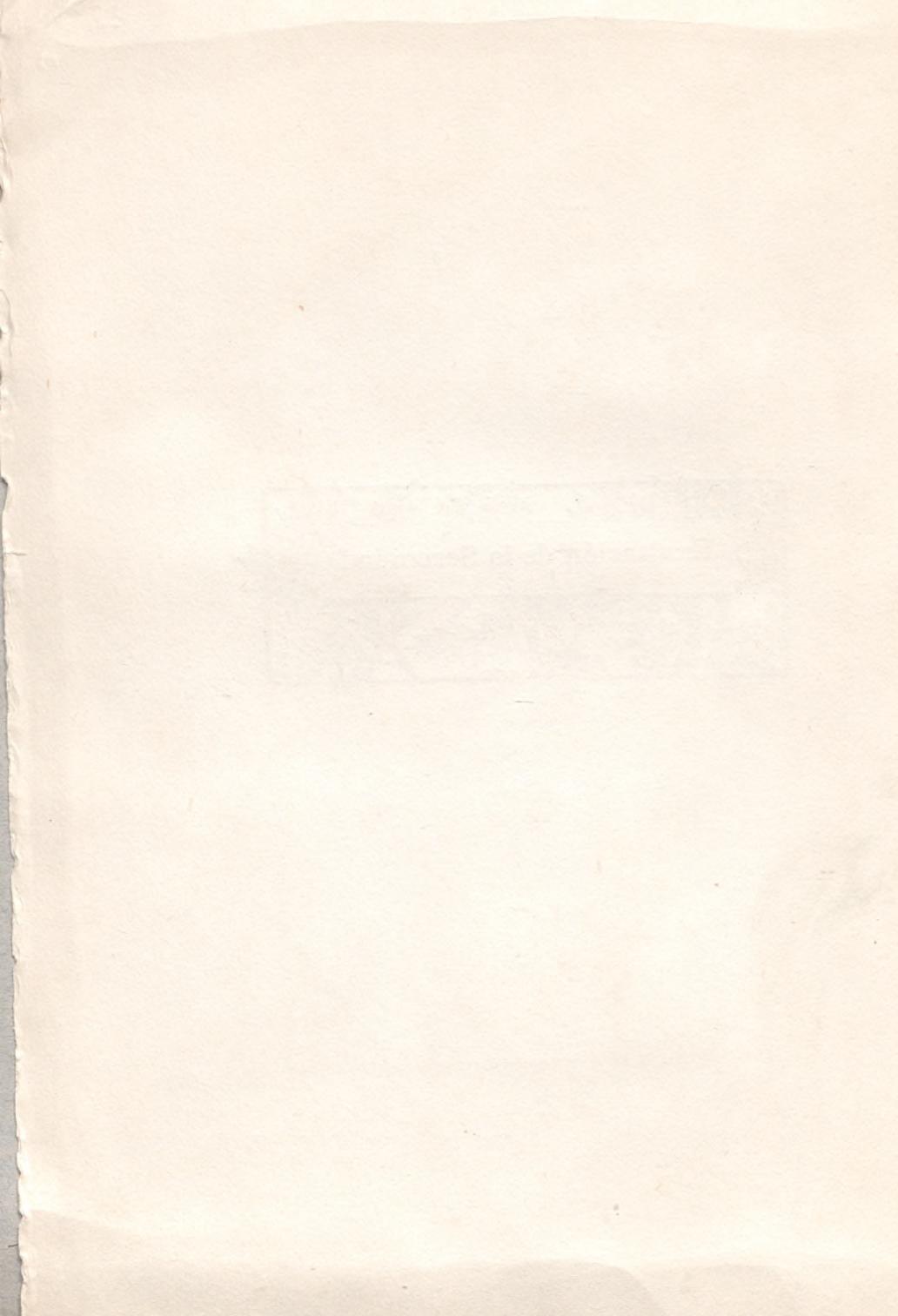
G-F 10776



D G C L
A



C. 1207704



JERONIMO ZOLESI

EXALTACIÓN DE LA SERENIDAD

Ensayo sobre la Psicología
de
FRAY LUIS DE LEON

(IV CENTENARIO)

Conferencia pronunciada en el Salón de Actos Públicos
de la Universidad de Montevideo



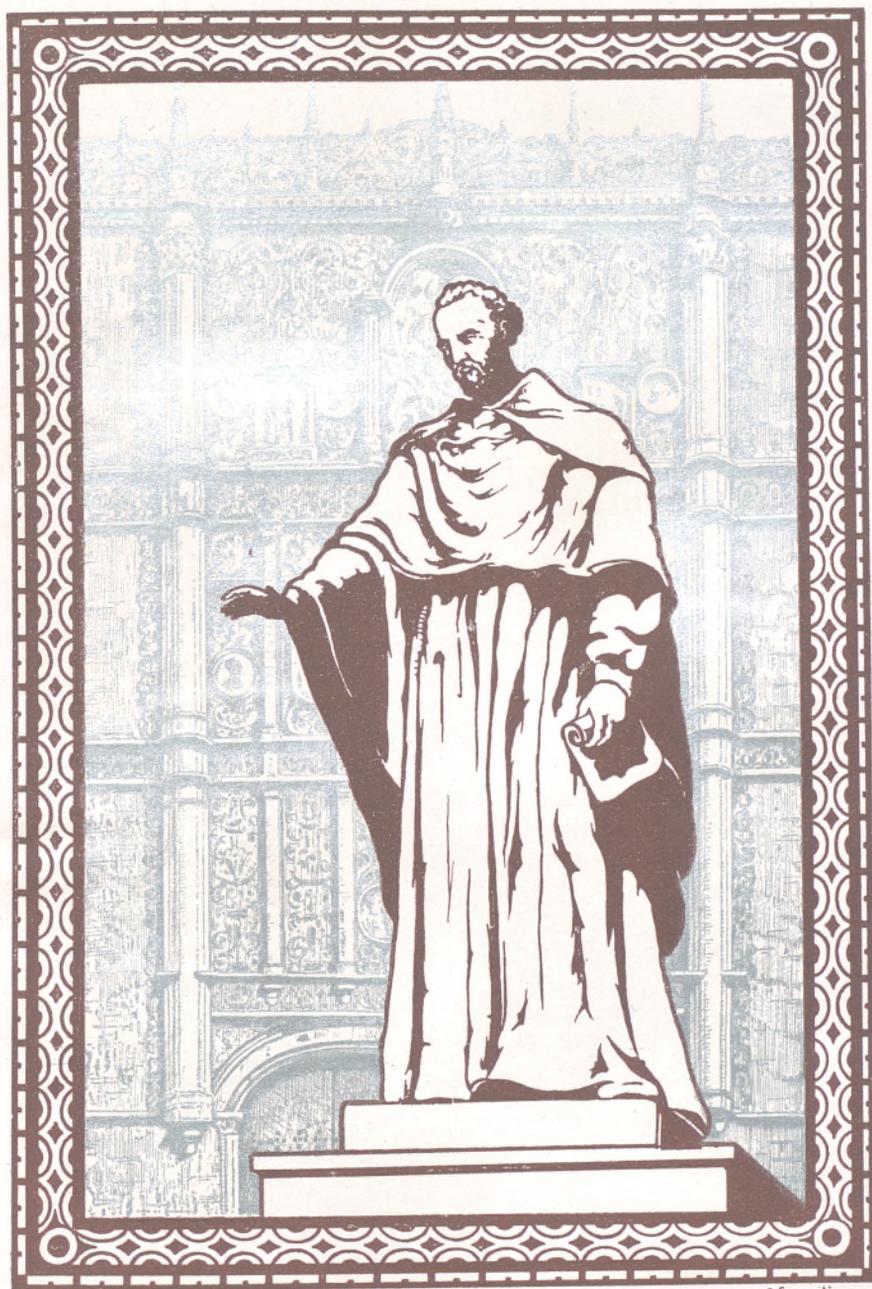
Editorial FIDES
Montevideo MCMXXIX

EXAMEN DE LA
SECRETARÍA

MAY 1871



150721 B





EXALTACION DE LA SERENIDAD

(IV Centenario de Fray Luis de León)

I

EXORDIO.

Era mi propósito invitaros a que me acompañaseis, en un viaje ideal, a la universitaria ciudad del Tormes.

Pero, al veros congregados en esta sala para el homenaje de hoy, comprendo que huelga ya mi invitación porque me habéis precedido.

Uno es nuestro pensamiento; igual nuestro impulso afectivo, al penetrar en la Salamanca del siglo de oro, la animada y alegre Salamanca que, — al decir de Cervantes, — “enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado”.

Por eso, sin desviaciones ni titubeos, nos dirigimos hacia el centro de nuestra atención, en derechura al convento de Agustinos de San Pedro, tal como fué cuatro siglos hace, y ahí detenemos nuestros pasos, como viajeros que llegan al término apetecido.

A breve distancia, el Tormes describe su bucle, como si quisiera abrazar la ciudad, canturreándole salutations y rezongos de las neveras de Gredos y de las fontanas de sus floridos ribazos, tapizados de huertos, de los cuales, quizás, conozcamos alguno. Más cerca, vemos el cálido y

luminoso hogar del Renacimiento hispano, aquella Universidad sólo comparable a sus similares de entonces en París y Bolonia.

Nuestra expectativa crece y una voz íntima parece decirnos que, efectivamente, llegamos al término de nuestra peregrinación de hoy, en el tiempo pues retrocedemos cuatro centurias; en el espacio, porque hemos descendido al valle del Duero; en el mundo espiritual, pues, desde Cuenca a Salamanca y desde Salamanca a Valladolid, sentimos la presencia del insigne Maestro Luis de León, con quien deseamos encontrarnos.

Los grupos de estudiantes que pasan a nuestra vera, comentando con juvenil vivacidad y lucidez las lecciones del día, intensifican nuestro deseo de conocer en su propio escenario al Fraile todo inteligencia, que es gloria de esa Universidad en su esplendoroso apogeo; todo sentimiento artístico, tal que merezca ser proclamado príncipe de la lírica española; todo misticismo, serena y pura llama espiritual, elevada a lo infinito, en la zarza ardiente del Catolicismo.

Se nos ha dicho que en este recinto urbano pululan de ocho a diez mil estudiantes, “gente moza, libre, gastadora, discreta, diabólica y de humor”. El Lazarillo de Tormes, El Buscón, hasta el esproncediano Don Félix de Montemar, hubieron de prevenirnos contra la inquietud y alboroto de Salamanca, maguer las optimistas loas que nos transmiten algunos escritores de la época. Pero, han sonado en nuestros oídos los elogios del Maestro sabio, poeta y místico, y hete ahí que la simpatía por él sentida en nuestro ánimo, nos dispone favorablemente hacia la turba estudiantil transeunte, en la que vemos alumnos de las memorables cátedras de Santo Tomás, del Durando, de la Prima de Sagradas Escrituras, y entre la cual adivinamos futuras personalidades de la ciencia, de las letras y hasta del misticismo españoles.

No tardamos en percatarnos de que la quietud no tiene aquí su asiento. Profesores y alumnos, investidos del espíritu universitario, genuinamente tal, renacentista y salmantino, viven en una actividad que es afán, agitación, lucha, intensa, fecunda, apasionada.

Un grupo de ideas innovadoras, una interpretación doctrinaria personal, una tesis. . . no es menester más para que los cerebros hiervan. Se eleva la controversia a célebres centelleos de pensamiento y de arte en la cátedra, en las asambleas, en el libro. Estallan los antagonismos; se acrisolan inteligencias y caracteres.

Frente a la cultura helénica, vindicadora celosa de primacía, se vigorizan los estudios hebraicos; por las rutas del humanismo itálico, se asciende a las fuentes latinas, en que se abrevan con deleitosa avidez aquellas mentalidades tan disciplinadas como brillantes. La dialéctica, la Metafísica, la Éxégesis absorben y sutilizan notables ingenios; el estudio de los enigmas, cada vez más preocupantes del universo visible y la especulación teológica aproximan la naturaleza al hombre y el hombre a lo absoluto, con el esfuerzo aunado de la Razón y de la Fe, las dos fuerzas que se conjuncionan para no separarse más, en la línea fronteriza de la Edad Media y de la Moderna.

Era aquélla una rutilación de gloria para Salamanca, para España, para todos los latinos que renuevan, y amplían así la herencia de sus altos destinos en la vida civilizada, superior.

Si España, como está probado por la crítica histórica contra todas las negaciones tendenciosas, hizo del siglo XVI no tan sólo su Siglo de Oro, sino una culminación en la cultura de Europa, dentro de España es Salamanca la Acrópolis sagrada que, como ninguna, atesora, acendra y difunde gloriosamente el espíritu nuevo. Humanista comprensivo, rehuye la aridez nórdica, con el cultivo de la actividad estética que pone alas de idealismo desinte-

resado y selecto en el mármol de cada disciplina científica; independiente y práctico, rechaza la frivolidad y el paganismo fantasioso y sensual de Italia. Sediento de verdad, razona; ávido de belleza, sueña; emocionado, canta...

He ahí, señores, cómo el espíritu renacentista salmantino adquiere ante la posteridad el mérito de haber realizado el connubio de la ciencia con el sentimiento, de la Lógica que avanza en el trilátero del silogismo, con el Arte que percibe, que gusta y que expresa las recónditas armonías del mundo físico y del mundo moral.

Fué aristotélico y platónico, fué ecléctico y original, pero fué, sobre todo, y siempre, espíritu ampliamente cristiano y cristianamente libre, porque luego de llegar al extremo de todos los caminos de lo cognoscible, en vez de caer airado ni pesimista, en el desconcierto de la negación o de la duda, ascendía a impulsos de la Fe, como Dante de la mano de Beatriz, a las esferas de lo incognoscible, hasta Dios, centro final de su reposo.

Si de este orden de afanes superiores que justifican la celebridad salmantina, bajamos la mirada hacia la brega de intereses y proselitismos personales y colectivos, entonces se nos patentiza la no interrumpida e insomne inquietud en que se desvive la urbe estudiantil.

Somos visitantes casi momentáneos, señores. No vamos, pues, a internarnos en la maraña de las rivalidades y disensiones que aquí se entretajan, y que desde el claustro universitario, se ramifican por toda la ciudad. Bástenos tener presente que, no obstante el difundido absolutismo gubernativo de la época, la por nosotros visitada Universidad es una república... una república tan independiente como democrática; democrática porque, tras el concurso de oposición al que se presentaban por igual nobles y pecheros, era el electorado estudiantil quien elegía vencedor con su veredicto. No sin motivo escribió de sí el

famoso Martín de Azpilcueta que había obtenido su Cátedra de Prima “gracias a Dios y a los señores estudiantes”. Es independiente, porque se daba sus autoridades máximas: un Canciller vitalicio, por el voto de los Profesores Delegados y un Rector anual por el libre voto de los estudiantes, con la particularidad de que el elegido podía ser un estudiante no graduado aún, un “golondrinillo” de vuelo precoz, según el mote de Juan de Avila. No necesitamos haber ahondado en la historia de las democracias para comprender qué fermentos perturbadores llevaba en su seno esta república de intelectuales, a la par notables y quisquillosos, y de gente moza, no menos traviesa que alborotada.

“Todos, — nos dice Fray Luis de León, con la habitual transparencia de su romance, — todos vivimos aquí como en guerra, por razón de las pretensiones y competencias, y por la misma causa todos tenemos enemigos”.

“Como en guerra”, señores, encontramos al Maestro insigne cuya personalidad nos place visitar esta tarde, peregrinos enfervorizados en la Ciencia, en la Belleza y en la Fe, las tres grandes fuerzas que, compenetrando en no interrumpido consorcio, la estructura íntima de Fray Luis de León, lo sustrajeron a las perturbaciones de esa guerra para elevarlo a la serenidad augusta que lo inmortaliza.

En ella se unifica su gloria de universitario, de poeta, de místico. En ella quisiera yo evocarlo, cumpliendo así el honroso cometido que me confiaron los meritorios dirigentes de la Federación de la Juventud Católica del Uruguay, organizadores de este homenaje.

MISTICISMO Y ACCION

Acostumbrados al concepto corriente y vulgar del misticismo, ¡cuántos con sólo evocar el nombre del inmortal Luis de León, no se le imaginan al punto, por inherencia al hábito y a la atmósfera conventual, como un asceta medrosamente refugiado en las penumbras claustrales, sumido en absorta quietud, antípoda de toda actividad brillante, efusiva, altruista!

No consiste en eso el misticismo, ni fué tal místico Luis de León, sino todo lo contrario, porque fué altruista, efusivo y brillante en todas sus actividades, desde su tierna adolescencia, cuando a los catorce años, ingresó a la Universidad salmantina, hasta culminar en el profesorado de la misma; porque, castellano a las derechas, era firme en la acción, inquebrantable en la resistencia, claro, según su propio vocablo, en todas sus declaraciones; porque, con integridad nunca mellada, rindió culto a la Verdad antes que a la Poesía.

Más debiéramos decir: no fueron siquiera tales místicos sus grandes contemporáneos Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Fray Juan de los Angeles, Juan de Avila, el otro Luis. . . , esto es, el núcleo de ígneas existencias que se consumieron como sándalo purísimo de pensamiento, de arte, de amor, en la intuición divina; que ascendieron hasta el misticismo contemplativo, con el vuelo sin retorno de las espiritualidades luminosas, trasponiendo los lindes de lo humano para aproximarse a las transfiguraciones seráficas.

No. Estudiando su vida, fecunda en trabajo y erizada de trabajos, no tardamos en convencernos de que realizaron el postulado moral de Emerson: "La verdadera grandeza es la del que, en medio de las multitudes, conserva la quietud e independencia de la soledad". Es, en lo puramente humano, la quietud e independencia soboreada en su recóndita sala, última Tule de su alma, por aquel rey hospitalario de la leyenda, que hiciera de su palacio la "casa del pueblo".

No le veremos, pues, a Fray Luis, como el sauce en la hondonada, inclinado para contemplar el cielo en las aguas adormecidas. Mira al cielo directamente, como la carrasca en la montaña, arrostrando el embate de todos los vientos del mundo.

El amor de Dios, — nos dice en una de sus páginas siempre aleccionadoras la mística de Avila, — no consiste en derramar lágrimas, ni en aquel dulzor y aquella ternura que ordinariamente deseamos porque nos consuelan. La unión divina se funda en las obras de caridad, en el amor al prójimo: ésta es la verdadera unión. Cuánto más amamos a nuestros semejantes, más procuramos su bien.

Había nacido y se había formado para las lides intelectuales, en una época en que el principio católico, amor de los amores para su corazón virgen, arca sagrada de Israel para su alma de apóstol, libraba batallas campales contra la Reforma luterana. Entonces, con más razón que en el siglo pasado, hubieran sonado a plena realidad los endecasílabos de Núñez de Arce:

Los tiempos son de lucha. ¿Quién concibe
el ocio muelle en nuestra edad inquieta?
En medio de la lid canta el poeta,
el tribuno perora; el sabio escribe.

Y son en el furor que nos agita,
trueno y rayo la voz; el arte, espada;
la ciencia ariete y tempestad, la idea".

Entrar en la lid; defender la integridad de la Fe, Biblia en mano; polemizar con la agilidad del dialéctico y el vigor del talento pletóricamente adocinado: tal era el sueño del joven agustino español cuando la fama aún no cantaba su nombre con voz pregonera.

Del joven agustino español... , o si mejor os place, del más completo y brillante universitario salmantino, en la más fecunda y gloriosa época de la célebre institución. Así le vemos descollar junto a eminencias de imperecedero renombre en la historia del renacimiento y del intelectualismo hispano, como Vitoria y Cano, cuya tradición sigue en la cátedra, pero con mayor interés literario; como Lebrija, Covarrubias y el Brocense; como Soto, Carranza y Espinosa, como Francisco Suárez, a quién llama cordialmente “mi sapientísimo Maestro”, y otros notables en aquel cuadro excepcional.

Es cierto, señores, que no hay lauros menos marcesibles y más gratos para la posteridad que los de la Poesía, razón por la que, mientras tiene hondas y emocionantes resonancias familiares el nombre de Fray Luis, nos parecen ecos nuevos y lejanos los demás nombres. Pero, no es menos cierto que se resume en ellos todo aquel haz de esplendores que España vertió sobre el mundo civilizado en el mismo período en que vertía, si no con menos gloria, con menos fruto, su sangre en campos de Europa y de América.

Asombra la intensa y pródiga labor desarrollada por Luis de León en el claustro salmantino, centro de sus afa-nes. Allí conquista en memorables oposiciones sus cátedras; profundiza los estudios bíblicos, manteniendo su prestigio sobre Arias Montano, mediante el dominio del hebreo, del sirio y del caldaico; allí sobresale en cultura helénica, frente al nunca olvidado León de Castro, y se equipara al célebre Sepúlveda en la artística plenitud y galano manejo de la lengua de Horacio, única lengua de los sabios entonces, en sus disertaciones y en sus escritos; allí

piensa y escribe en esa lengua, el rico tesoro de sus obras doctrinarias y exegéticas.

Para completar en nuestra comprensión el esbozo de su personalidad, debemos con sus biógrafos, recordar que tenía el deleite superior de las ciencias exactas y naturales y que aun había hallado resquicio para dedicarse a la música y a la pintura. Era el genuino temperamento renacentista, y podía como tal incluirse en el número de aquellos grandes ingenios de cepa latina que, con igual inspiración y dominio de la técnica, dirigían una obra arquitectónica y concertaban un soneto; esculpían un mármol, decoraban un edificio o dialogaban espiritualmente a la manera de Platón o Marco Tulio.

Difícil se nos hace, señores, después de lo expuesto, concebir a este ardoroso sabio en la quietud del mal entendido misticismo, hasta nos preguntamos qué tiempo ni qué disposición hallaría para que se le volaran de entre las manos las que él dice "obrecillas", inimitables joyeles de la lírica española que bastaran por sí solos para inmortalizar el nombre de su autor.

Y sin embargo, aun entonces, en el silencio afiebrado de sus horas de estudio como en los magníficos arrebatos de sus disertaciones; en la porfía de los días gozosos del triunfo como en los no escasos de tribulación, sin haber todavía pasado por el Getsemaní del encarcelamiento, aun entonces quiso y pudo esculpir su estatua interior, — según la bella expresión de Plotino, — a imagen de su Belleza ideal. Y su Belleza ideal, única y suprema era Dios, fuente de todo conocimiento, reposo de toda inquietud.

Es decir, señores, que aun entonces era místico, pero lo era en el sentido completo y admirable que le señala un lugar propio entre los demás místicos, por sus condiciones personales y hasta por las extraordinarias circunstancias de su vida, tan llena de fatigas y tan infatigable.

Templo de luchador en un alma de artista; energía ordenada para todas las conquistas, pero inteligencia peregrina, sedienta de goces contemplativos; cruzado de la Fe, pero temperamento exquisitamente sensible a todas las sugerencias estéticas, vivió las realidades de cada día gravitando hacia el ensueño; anduvo los caminos de la tierra y los anduvo gallardamente, pero siempre atento a las rutas de lo infinito, con la intuición del “templo de claridad y hermosura”, de los “resplandores eternos”, para cuya altura fué creada el alma humana. Era más que un creyente; era más que un poeta religioso. Era más que un sabio, nutrido en todas las ciencias profanas y sagradas, porque era . . . un místico!

Qué ansias de sosiego le henchían el corazón!

Cómo anhelaba librarse de todo lo que mete a saco la quietud de la vida!

Qué acentos los suyos para describir “aquella placidez de ánimo, aquella feliz dulzura de la alegría que los justos suelen disfrutar después de sus trabajos!

Comprendemos así cuánta sinceridad anhelante y encendida pone en el cuadro de la Vida Retirada, en los apóstrofes de la Noche Serena y de la Ascensión, en el dulcísimo deliquio de la Vida del Cielo, en el rapto espiritual de la oda a la música. Cada una de estas composiciones nos evidencia el espíritu generoso del sabio y del poeta en momentos de lírica plenitud, vertiendo en las estrofas, como una linfa que desbordara del exceso de la fuente, la emoción de hondos y prolongados hervores íntimos.

Si nos gana el ánimo su olvido de los recursos formales, lindero a veces del desaliño, con mayor eficacia nos cautiva y nos deleita su vibrante y puro subjetivismo. Ningún asomo de labor cerebral lo obscurece ni deforma. No ha menester pedir inspiración: bástale obedecer a ella. No busca en sí mismo las sorpresas del estro: escribe cuando el estro, en las breves horas de su reposo, enciende el verbo

sagrado de la poesía en su mente y le obliga a fijarlo en la cadencia del verso.

“Las escrituras que por los siglos duran, — escribió él mismo en su Exposición de Job, — nunca las dicta la boca. Del alma salen, adonde por muchos años las compone y examina la verdad y el cuidado”.

Qué abismo le separa de cuantos, en todas las decadencias literarias, torturan su ingenio y su estilo, alquitarrando imágenes y circunloquios, fingen el furor pítico para transformar la poesía en un enigma y hasta creen disponer “ad libitum” de “la embriaguez divina del genio creador”, mediante las nefastas embriagueces alcaloidales!

La poesía del Maestro salmantino es emocionada en su serenidad; es profunda en su sencillez, es verdadera en su lirismo. . . Es personal, genuinamente personal, no obstante los elementos de cultura latina y renacentista que acendran su belleza externa. Y en ese carácter personal campea, luminosa y entrañable, la inspiración cristiana que frecuentemente culmina en elevaciones místicas.

Por eso, señores, erróneamente le juzga Miguel de Unamuno al imputarle cobardía de ánimo y artificio de expresión en sus líricas, que se limita a considerar ensayos de “dilettante”.

¡Y qué profundo error el de este moderno universitario de Salamanca! No se ha percatado acaso de que, si el lirismo de Luis de León se remonta a su “alma región luciente” por los derroteros de la Fe, dejando en el “hondo suelo” a Horacio, mucho más todavía se distancia de Garcilaso, el erótico versificador a la manera itálica, que destila en el artificio de cada idilio pastoril, su muelle sensualismo cortesano.

Fray Luis de León, aun cuando desciende al ambiente de los campos, exterioriza la selecta nobleza de su serenidad. Porque selecta nobleza es, señores, la de este varón que unas veces retempla las fuerzas de su alma generosa

espaciándose místicamente en la luz de Dios y otras, busca en la intuición afectuosa de la naturaleza un remanso de olvido para sus fatigas y, más aun, para sus desvelos morales. Ni siquiera en el umbral de su castillo interior admiten la cobardía y el egoísmo, su temperamento, ni su educada intelectualidad, ni su ardorosa Fe, largamente acrisolada. No leemos una sola página suya de prosa o de poesía que no concentre un resplandor de su alma, tan enérgica como sincera, y tan sincera en el arte, como en sus transportes ultraterrenos.

Es cierto que anhela un techo pajizo, donde jamás haya hecho morada el enemigo, ni haya silbado la voz perjura; adonde no alcance el torbellino traidor que le derrocara de la senda de su vida. Pero, cierto es también que sobre esos anhelos de sosiego se yergue su fortaleza nunca vencida y nunca enferma de rencores y se yergue, según su misma declaración,

bien como la ñudosa
carrasca en alto risco desmochada
con hacha poderosa,
del ser despedazada
del hierro, torna rica y esforzada.

Mal puede concebirse ánimo apocado en el poeta que, frente al Dolor, al Dolor con mayúscula de todos los pesimistas del siglo XIX, desde el patético Leopardi hasta el racionalista Hartmann, serenamente apostrofa:

¿Qué estás? ¿No ves el pecho
desnudo, flaco, abierto? Oh! no te cabe
en puño tan estrecho
el corazón que sabe
cerrar cielos y tierra con su llave.

Ahonda más adentro;
desvuelve las entrañas; el insano
puñal penetra al centro.
Mas, es trabajo vano.
Jamás me alcanzará tu corta mano!

Rompiste mi cadena,
ardiendo por prenderme; al gran consuelo
subido he por tu pena.
Ya suelto, encumbro el vuelo,
traspaso sobre el aire, huello el cielo!

Fueron, quizás, estas conmovedoras manifestaciones las que indujeron en error (maravillaos!) por el extremo contrario a su docto y entusiasta panegirista Aubrey F. G. BELL, quien nos lo presenta investido de filosofía estóica, de esa filosofía tildada por Fray Luis de "poquedad y bajeza" cuando se la compara con la fortaleza cristiana.

No, señores. Así bajo su contextura de combatiente que el hispanófilo inglés asemeja a la de Savonarola, como en las espontáneas armonías de sus líricas, Fray Luis de León esconde y perfecciona la virtud esencial de su psicología: la serenidad, su serenidad interior, exenta de perturbaciones, pero sobre todo limpia de cualquier cobardía; ni platónica ni estóica, sino intelectualmente cristiana por su origen y místicamente cristiana por su fin.

SERENIDAD EN LA TRIBULACION.

En efecto, no os sorprenderéis si os digo que no encontraremos en su celda ese que Carducci llama "el más sublime libro religioso de la Edad Media y el más dañoso del mundo", la *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis.

Ni siquiera le incluye en el número de los libros que pide para el ocio torturante de su cautividad de cinco años, en las celdas de Valladolid.

San Agustín, el luminoso pensador de "La Ciudad de Dios", el formidable polemista contra pelagianos y maniqueos, el místico teólogo abismal de los "Soliloquios", ése ha de ser el primer interlocutor en el diálogo de la ahora forzada soledad, a que le someten la envidia y la mentira.

Segundo interlocutor: el otro Luis, aquel abundoso y delicado artífice de la lengua castellana, que en el "Libro de la Oración y Meditación" cinceló la prosa de oro que mejor parecía condecir con este encarcelado, en cuya alma sonora y enfervorizada empezaba ya el preludio de "Los Nombres de Cristo".

Dialogar en la soledad, poblar de voces inmortales el silencio, difundir alegrías de primavera del espíritu, allí donde toda tristeza desoladora tiene su asiento, he ahí, señores, la inefable tortura y el terrible privilegio de los grandes que sufren la soledad del destierro, como Dante; de los que sufren la soledad de la incomprensión, precursores de tiempos nuevos, como Petrarca; de los que sufren

la soledad de la desgracia política, como Maquiavelo; de los que sufren la soledad de la cárcel, como Cervantes, como San Juan de la Cruz, como Fray Luis de León. . .

Pero, antes de que el rumor de la fontana pura del Diálogo llegue a enajenarnos los oídos y el alma, nos emociona la serenidad intelectualmente cristiana del autor, quien sobreponiéndose a los males que le agobian, no dice cómo “Dios, verdadero Padre de los perseguidos, y el testimonio de su conciencia, le han devuelto la paz y trocado su pena en luz”.

Quien de ese modo siente, procede y se exprese no es, notémoslo bien, un extático desconocedor de las realidades hostiles del vivir, ni un “simple” que halle su delicia en los renunciamientos. No es, siquiera, un convertido que trasmuta en heroica, pero flébil resignación, como el célebre Silvio Pellico, sus anteriores rebeldías. Es un teólogo que posee la suma de doctrinas y que por ellas ratifica su ortodoxia, juzgando que sólo, por error o por maldad puede condenársele; es un excepcional moralista que analiza sus actos y que proclama la limpieza de su proceder, afirmando la justicia de su causa ante la prevalencia de la ruindad y del embuste; es un alto intelectual, un religioso, un apóstol que mantiene su entereza hasta el punto de transformar la cárcel en tribuna de su infatigable defensa, y en estancia de quietud paradójal para el activo y fecundo recogimiento de su personalidad.

Por eso, no sólo conserva su espíritu tan diáfano como el cielo de las altitudes, donde no alcanzan las perturbaciones del valle, sino que con generosa magnanimidad se cree obligado a emplear su ciencia, durante las tristes monotonías de la cárcel, en una obra beneficiosa para sus semejantes.

Y sin embargo, eran aquéllos los momentos en que, traicionado por sus rivales, olvidado por sus más fieles amigos, acometido por todas partes, sin más defensor que su

pluma, ni más amparo que la Providencia, podía contemplarse a sí mismo como la personificación de Job, el leproso patriarca de sus comentarios.

La dulcedumbre de la bendición fluye de sus labios en el pórtico de ese libro que es exaltación de su propia serenidad, como lo es de la lengua castellana, elevada por él a nuevos destinos y a no superado perfeccionamiento.

Pero, si queremos aquilatar más justamente desde nuestro punto de vista la valía de "Los Nombres de Cristo", exponente de la emocionante serenidad de Luis de León, recordemos la persistencia de los críticos en señalar afinidades formales de esta obra con otras de la antigüedad.

Intima y serena es la armonía de los Diálogos platónicos. Señores, fueron escritos en plena libertad, y en plena dicha... , bajo los radiantes cielos del Atica, a la sombra aromosa de los laureles y olivos de Falera y del Cerámico, frente al encanto azul del Golfo de Egina.

Serena y grave es también la armonía de los Diálogos tusculanos, meditados y escritos por Cicerón en la verde umbría de los pinares apeninos, ante la libre magnificencia de las campiñas del Lacio y respirando el aire embalsamado por brisas del Tirreno.

Se despliegan así las doctrinas del griego genial que exalta el Alma (Fedón), la Belleza (Fedro), el Deber (Crítón), la Amistad (Lisis), la Virtud (Menón), la Ciencia (Teetetes), la Sabiduría (Carmides)... y se desenvuelven las amplias disquisiciones del orador filósofo romano, dirigidas a disipar en el ánimo el temor de la muerte, causa frecuente de perturbación en la serenidad de la vida (Libro I), a demostrar que el dolor puede ser vencido por la razón (Libro II), a encuadrar en los dictámenes de la razón nuestras inclinaciones (Libros III y IV). El pensamiento greco-latino no podía haber hallado más alto expositor para trasmitirse a los siglos más bellamente.

Y bien, señores: más honda y entrañable es la armo-

nía de “Los Nombres de Cristo” porque su serenidad brota a despecho de todas las angustias, vencedora luminosa de todo pesimismo, en la estrechez de una cárcel.

Qué estupendo cuadro moral nos ofrece aquí la serenidad del insigne poeta y místico salmantino! No nos contentemos con verle. Aproximémonos. Su contemplación nos ha de ser deleitable.

Sin fiereza adusta, ni confidencias sentimentales, oculta la amargura de sus decepciones, calla “el tormento tan duro y tan largo y tan cruel” del encausado que declara su inocencia a Dios y no puede probarla a los hombres. Un estoico haría gala de su altivez; un platónico nos conmovría con sus patéticas lamentaciones; un héroe, un héroe cristiano, si nos place imaginarlo, evidenciaría en cada gesto y en cada palabra su victoria sobre el dolor, con el pensamiento fijo en la eternidad. ¿Qué hace en este trance, Fray Luis de León?

Oculta y calla y, en vez de recibirnos en su celda vallsolitana, nos transporta a la ensoñadora naturaleza de la vega de Salamanca, fiesta de luz que embriaga, frescura de colorido que enajena, dulce vibración musical de gorjeos y de frondas y de aguas familiares que suspenden el sentido.

Nos olvidamos de las orillas del Iliso, del plátano de Fedro tan admirado por Sócrates; nos olvidamos de Túsculo y de Tibur, porque nos cautiva la emoción del poeta filósofo. Estamos con él, junto al Tormes, en el ansiado “puerto de quietud” sombreado de enhiestos álamos, viendo cómo descende de la cumbre airosa y “corre y estropeiza y parece reirse” sósegadamente el cristal de la fontana.

Brota entonces de sus labios, ungidos para las divinas armonías de la palabra, la exaltación del amor, de la justicia, de la paz, de la omnipotencia, de la misericordia que tiende manos maternas a todos los desamparados de la vida.

No le son desconocidos los ocultos repliegues de nues-

tra psicología, y a veces se complace en escrudiñarlos con discretos golpes de luz en que el moralista de “La Perfecta Casada” tiene delicadezas de místico, pues el místico percibe la proximidad de inquietantes realidades. Pero, más frecuentemente admiramos sus impacencias de intelectual que, a la manera de San Agustín, asciende a lo infinito. Lo vemos entonces subir de esfera en esfera, con las elevaciones de un águila espiritual, libre de toda gravitación terrestre. Son los pasajes en que el rebelde mezquino idioma del hombre pierde las vibraciones de la elocuente sonoridad, porque el metal llevado hasta la incandescencia no resuena: resplandece!

Es la misma cualidad suprema de sus poesías místicas, o mejor, cada mística no es sino uno de esos resplandores, proyectándose breve y directamente sobre el diáfano y breve prisma de las estrofas.

De ahí el fervor admirativo de todos los grandes ingenios españoles, artistas o críticos, poetas o prosadores, desde Cervantes, a quien tal vez conociera rapazuelo en la Universidad de Alcalá de Henares, y Lope de Vega, hasta Don Juan Valera y Menéndez y Pelayo.

“Le venero, le adoro y le sigo, sintiéndome por él robado en éxtasis” — nos dice en toda su vehemencia el autor del Quijote.

Tu prosa y verso, iguales
conservarán la gloria de tu nombre, —

exclama Frey Lope de Vega, el Fénix de los Ingenios.

Tú, honor de la lengua castellana,
Agustino León, Fray Luis divino.

Y es de notar que el prosador, lo mismo que el poeta místico, conservan siempre la serena integridad del sabio. En esa fusión excepcional, única en nuestra literatura, única

quizás en las literaturas europeas, aunando ciencia y sentimiento, le oímos cantar sus ansias de abismarse en la intuición de los misterios cósmicos y en el piélago de la armonía eterna, cuyos tenues ecos columbra en la música de Salinas, y nos sorprende poetizando los hechos recónditos del alma y las leyes físicas del planeta.

Resultado de esa fusión es el que cuando persigue los goces de la Verdad, encuentre en su senda la Belleza, y que cuando va en pos de la Belleza, enamoradamente le acompañe la Verdad. Verdad y Belleza, dos resplandores de una misma esencia. Por eso su misticismo es arte, su arte es serenidad y su serendidad es amor íntimo a todas las cosas en que admira los vestigios de Dios, “forma de las formas, que, — al decir de San Agustín, — lo ha ordenado todo según proporciones inalterables, en las cuales consiste la Belleza del mundo, revelada a nuestra alma por el mismo Creador para conducirnos al Bien” (Ciudad de Dios XXI-8-2-2).

SU SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA

Se nos presenta aquí una de las excelsas prerrogativas de Fray Luis de León: su sentimiento de la naturaleza.

Inexacto fuera atribuirle en exclusividad ese mérito, puesto que en la literatura española casi no hay místico que no atesore bellezas de este orden. Antes bien, a poco que los estudiemos, vemos que sienten y describen el mundo visible, obra de la "Suma Sabiduría" y del "Primer Amor", hacia quien tratan de elevarse y de elevarnos, tomando impulso desde la tierra.

Es empero, innegable que ninguno de ellos, sin excluir a Fray Luis de Granada ni a San Juan de la Cruz, lleva la naturaleza observada, en sus retinas y en su afecto y la traslada a la poesía ni a la prosa, con la intensidad de emociones directas, con la siempre renovada frescura y la eficacia de colorido de Fray Luis de León.

Y nos lo explicamos. El sentimiento de la naturaleza en las obras de los otros místicos es base de argumentación. Por la belleza de lo creado se descubre la belleza y magnificencia del Creador. No es, pues, el ánimo de ellos que nos detengamos deleitándonos en la contemplación de las cosas por las cosas, sino que las recordemos vivamente para encender en nosotros sentimientos de gratitud y Caridad.

Luis de León se diferencia de ellos por ser artista y sabio, místico y profano. Ama y comprende a las cosas que le rodean, y de ellas parecería creerse comprendido y ama-

do. Tiene en ello afinidad con Virgilio, pero el dulce mantuano ama sin comprender, con una santa envidia de quien haya podido ahondar en el estudio de las causas, y siente el alma de las cosas entreviendo solamente el inefable toque de luz ideal que las vivifica.

Por ese sentimiento el sabio salmantino se disocia de los clásicos helénicos y romanos, cuya religión había ahogado la realidad de las cosas naturales más bellas en el convencionalismo de sus fábulas y lo que es todavía peor, había mancillado las montañas y los valles, las fuentes, los ríos y los mares con la torpe lascivia de sus deidades, entregadas a todos los desórdenes de los instintos genésicos, hasta el extremo de que la naturaleza no pareciera más que el escenario de un perpetuo libertinaje, presidido por el mismo padre de los dioses, el saturnio Jove.

Aun después del advenimiento del Cristianismo, precedido por la muerte del gran Pan, anunciada en las costas del Mediterráneo, la naturaleza permaneció cerrada al intelecto de arte durante la Edad Media, como un templo profanado que espera su nueva consagración purificadora. Fué San Francisco de Asís, el “juglar de Dios” quien con el fuego de su espíritu seráfico encendió en las aras de la poesía prerrenacentista el sentimiento de la naturaleza. Una luz inefable volvió a difundirse sobre todas las cosas, haciendo palpitar en ellas una onda de vida nueva, fraternalmente emocional. El Cántico de las Creaturas, brotado de los labios de Francisco de Asís en el huerto de S. Damián, es el poema inicial de la naturaleza purificada.

Sus estrofas despertaron los ecos de las Laudes de Israel:

Benedicite omnia opera Domini, Domino,

y fueron el prelude de la inspiración de Dante Alighieri, cuya perfecta fidelidad a la naturaleza en sus imágenes y descripciones, no sólo caracteriza su genio innovador, sino

que le da “esa potencia pictórica, esa eficacia plástica que, al decir de Coleridge, le hacen superior a cualquier poeta antiguo y moderno”.

Y bien, señores: es notable ver cómo Fray Luis de León se libra de todos los amaneramientos descriptivos de los renacentistas itálicos cuya imitación hiciera exquisitamente Garcilaso, para vincularse en esta prerrogativa, al terrible pero delicado florentino, y al simple pero sublime poeta umbro de la mística fraternidad universal; para ser igualmente, con ellos y por sus aptitudes de perceptividad directa y propia, uno de los precursores de la literatura romántica y de la contemporánea, en cuanto éstas posean el difícil equilibrio entre la verdad de lo observado y la facultad de dar a las cosas el carácter y la elevación de lo ideal, aun cuando por ser las más familiares, la costumbre de verlas con frecuencia parezca despojarlas de su poder emocional.

Oigamos sus palabras a este respecto. “Aunque la costumbre quita la maravilla, pero es sin duda maravillosísima obra la de llover, si se considera como conviniere”. He ahí como al artista sabio y al sabio sensible le hacen la revelación de su secreta belleza, suministrándole materia de ideas y de subjetivismo lírico, hasta las cosas al parecer más insignificantes del mundo que nos rodea. Es como si la voz de esas revelaciones fuese percibida por un “sexto sentido” cuyos goces extasían el ánimo y jamás sacian.

¿Cuáles son las cosas que rodean al autor de “Los Nombres de Cristo”, por él comprendidas y amadas?

Son primero las que forman su compañía inmediata en La Flecha: el Tormes, la barca para la travesía, la isla, el enhiesto álamo, los árboles puestos sin orden, el arroyuelo, el sombrío emparrado, las aves de canto sabroso, el aire que ofrece mil aromas al sentido. Todas están en la emoción del poeta y vibran en ella lo mismo durante los

gozosos afanes de las cátedras, como en el silencio desvelado e inquieto de la cárcel.

Son también las que forman su mundo mediato: las serranías cubiertas de nieve bajo la plenitud meridiana del sol y el firmamento estrellado; el concierto de los astros, todo paz armoniosa y el desorden de las tormentas, funestas a los labradores; la policromía siempre renovada del horizonte crepuscular y la alegría e inclemencia de las estaciones.

Su sentimiento de la naturaleza realiza en cada cuadro, ante nuestro espíritu, el efecto artístico más apetecido de un paisaje reflejado en un lago sereno y diáfano. La imagen sólo difiere de la realidad en que cobra mayor morbidez y es más luminosa.

FE Y MATERIALISMO

Entre los poetas modernos que por el camino del intelectualismo marcharon como Fray Luis a las tierras sagradas del arte, buscando emociones en la naturaleza, debemos citar el malogrado autor de "Versos de un filósofo". Sus poemas son tan originales como hondos, tan delicados como angustiosos, no obstante sus ímpetus hacia la alegría de vivir, única alegría posible a un materialista. Guyau, señores, es ese pensador poeta que quiere vivir en contacto con la naturaleza, sorprendiéndola en sus encantos. Diríase que, como Fray Luis de León, siente amor hacia todo lo que ve. En todo lo que ve halla arte, porque el arte para él, — son sus propias palabras, — es ternura.

Pero, advertid cómo se distancian el intelectual positivista francés y el intelectual místico español; el que desolado, limita su visual a lo indefinido de la materia, y el que cruza los abismos de lo infinito de Dios, enardecido en la ideal posesión de todas las verdades y en el goce de todas las bellezas.

El intelectual que es el primer "yo" del poeta positivista, ha preguntado: ¿Hay algo nuevo en el universo? Tal vez. Volvámonos hacia atrás o miremos hacia adelante. Todo permanece igual. A lo lejos no se descubren sino los pliegues y repliegues de la gran serpiente agitada, la ma-

teria incandescente que se alarga y se condensa, enroscándose en el éter. Hierro, zinc, níquel y cobre, todo lo que hallamos a nuestros pies en el suelo, eso es lo que descubre en los mundos siderales, grandes braseros ardientes... Pero en vano repite las afirmaciones de la astrofísica. Desconcertado declara: "tengo miedo".

Es el momento en que el segundo "yo", el poeta que vive en este admirable intelectual, prorrumpe:

"Quiero admirar sin conocer. Quiero que en mis ojos tan sólo se concentre mi ser. Así el pintor para quien el universo se resuelve en formas, en colores, y cuya vista no penetra más allá de la pantalla en la cual muere el rayo de luz. Qué dicha la de gozar, la de gozar sin descender hasta el fondo del goce. En la creación, ¿quién sabe si el ser feliz no es la mariposa, amante de la belleza, sin poder comprenderla? La superficie del mundo es tan dulce a la mirada!

Así expresa su desolación y su derrota ante los abismos poblados de misterios, donde ha caído la última pregunta: Desde la eternidad, ¿qué fin puedes perseguir, naturaleza?

Un frío de plenilunio invernal baña esta composición. Su lectura nos obligaría a suponer en Guyau un cerebral egoísta, si en un poema inmediato no nos dijese: "En la embriaguez de lo Bello se esconde no sé qué de infinito. La "eterna" naturaleza me fascina, me persigue, me asusta. Me siento demasiado pequeño para el inmenso universo.

Cómo se estremece y se ilumina y se alegra, por lo contrario, la inteligencia del sabio poeta cristiano, ante el mismo universo! No le basta la belleza superficial, ni la sola intuición de la que le es revelada por la ciencia.

Por eso desde el vértice de la misma ciencia, el poeta salmantino se hinche en ansias de libertad intelectual y prorrumpe:

¿Cuándo será que pueda
libre de esta prisión, volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que más huye del suelo,
contemplar la verdad, pura, sin duelo.

Allí, a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido
y su principio propio y escondido.

Admirar conociendo; conocer hasta las reconditeces, el mundo sensible, en todas las leyes que lo rigen, (enigma desalentador para Guyau), sabiendo que más allá de lo contingente reside la causa de las causas, razón y término de todas las misteriosas finalidades; he ahí, señores, la sed filosófica del salmantino en todas sus visiones de poeta.

Es que la Belleza no puede sentirse ni gustarse sin conocerla en la visión intelectual del mundo o aspirar a su intelección en el misterio. Conocerla es descubrir su esencia, es sentirla cada vez más activa y deleitosa; de tal modo que su goce crece en proporción de nuestra conquista cognoscitiva. La inteligencia y la emoción han de acompañarse en íntima reciprocidad en nuestro espíritu. Cada nuevo conocimiento, en todas las esferas del saber, es un incentivo para las que llama el insigne tratadista Leveque "actividad estética".

¿Qué sucederá, nos preguntamos, una vez que el alma, gracias a una contemplación prolongada capitalice en su inteligencia la mayor suma de conocimiento y en su sensibilidad, la más intensa intuición de lo bello?

Sobrevendrá el instante inefable en que la emoción invade la inteligencia, en que la inteligencia exaltada, contempla lo bello más hondamente hasta sorprenderse de la

luminosa nitidez de su propia visión. Un torbellino de luz nueva y de inesperada alegría la estremece, la envuelve, la impulsa. Y el alma, vencida, ya no resiste a las súbitas embriagueces que la enajenan y transfiguran. He ahí el fenómeno de la inspiración que los helenos llaman “enteos” y que Fray Luis define con la breve luminosidad de un relámpago: “una comunicación de aliento celeste y divino”.

He ahí la hora arcana que ha fijado en la historia del mundo para siempre tantas glorias, la hora en que el artista habla, gesticula, aplaude... Sus ideas adquieren claridad; sus palabras, justeza; sus imágenes, vigor, colorido.

Lo vemos en este proceso intelectual y emocional al poeta de “Noche Serena”. Y por este proceso comprendemos, a un tiempo, la hondura de su pensamiento, el apasionado transporte lírico de su estro y la nunca igualada sencillez de su forma que el conceptuoso y conceptista Quevedo preconizó en su siglo contra la irrupción del gongorismo.

LA SERENIDAD LIRICA

Señalamos así otro de los admirables aspectos que nos interesa ver hoy en la serenidad del sabio y místico de Salamanca.

Cuando una idea alcanza su grado máximo de perfección, salta la palabra, transformación sonora del verbo mental. Surge con ella la armonía del período. La forma es entonces medio o vestidura de la Belleza. ¿Quién podrá negar su importancia ya que integra la obra literaria? Pero, en las producciones de valía, ocupa el segundo lugar, de tal manera que muchas obras de mundial celebridad parecerían carecer de belleza externa. Son las que triunfan por "la difícil facilidad" bajo la que vive su belleza conceptual.

Siendo todo pensamiento y espiritualidad en acción, en esa original modalidad de los primitivos dotados de grandezas, hallaremos al autor de la "Vida del Cielo". Le basta un vocablo para obtener el deseado efecto, o una sola frase para condensar un haz de imágenes. Muchas veces, mientras la palabra objetiva una idea, la armonía del verso expresa los matices del sentimiento. Por eso sabe realizar en pocas estrofas el prodigio de una creación, de una de las creaciones exclusivamente suyas que, en el castellano del siglo XVI "expresan las cosas más etéreas y suprasensibles que haya expresado lengua alguna, hasta invadir el reino de la música que es el de la emoción en

sí, no ligada a términos ni a días, ni a lugares, ni a figuras determinadas”.

De “rudo y desierto romance” había calificado Mena por aquella época el idioma castellano. “Es preferible escribir en latín, por ser más dulce y comprensiosa lengua” — afirmaba la opinión general de los renacentistas en las universidades. No es éste el criterio de Fray Luis, quien a pesar de su intimidad de filólogo y de artista, mal se aviene a que se desconozca y se desprecie el romance patrio, “no empléndole sino en cosas sin ser”.

Cómo no admirarle, por lo tanto, cuando trueca en armonía la rudeza y en frescura de diáfanos raudales la aridez? Y cuánta mayor admiración no despierta cuando realiza la paradoja de darle a su romance nativo simultáneamente la musical dulzura itálica que fué prestigio puramente externo de Garcilaso, y la musculosa concisión latina no siempre conseguida en la prosa de los historiadores Mendoza y Mariana?

En ese paradójal consorcio está su inasequible maestría, la característica de su escuela. Pero impropriamente se usa este nombre en las aulas. Digamos mejor, el secreto de su arte: su disciplinado temperamento, por el que vierte altos conceptos en lenguaje puro, sencillo y breve.

Y no por falta de colores en su paleta, ni de vivacidad imaginativa. Ved las descripciones sintéticas, tan llenas de vida como variadas por sus temas: el huerto, el naufragio, la turbonada, la tarde, la noche, la aurora, la primavera, el niño jugando en el regazo materno.

Y no por falta de léxico, aunque nos declare que no sabe escribir más romance que el aprendido en Cuenca de boca de sus amas, como exaltando el habla castiza del terruño castellano, según directa y cálidamente lo hace al enojarse contra los primeros editores de Santa Teresa, que no entendían “la gracia y buena compostura de las palabras” de la escritora y querían pulirlas. ¿Acaso no le eran

familiares a Fray Luis de León las lenguas sabias y las más jugosas y flexibles del antiguo oriente? Recordad sus obras latinas y sus magistrales traducciones de los libros bíblicos, de Píndaro, de Virgilio, de Horacio. Todas ellas evidencian la señorial gentileza de sus dominios lingüísticos.

Es que quiso tener y tuvo la selecta y preciada sencillez del diamante facetado. Cuanto mejor se le observa, más sugestivo es el tesoro de irisaciones con que sorprende nuestras retinas.

Quiso tener y tuvo un sereno desapasionamiento estético. Pero, su blancura no es la fría blancura del mármol, sino la del metal incandescente en el crisol. A medida que nos le acercamos, un vaho cálido, de fuego escondido, nos da en el rostro.

Mas, no sin combates interiores que aquilataran la conciencia de sus procedimientos artísticos, hubo de alcanzar el doble don de la sencillez expresiva y de la concisa eficacia emocional.

Su innata sensibilidad, su luminosa retentiva y su ardiente carácter; la ya apuntada soberanía idiomática y su comprensión íntima de las lenguas y literaturas antiguas, particularmente de las orientales, las más tentadoras y engañosas para el iniciador de una nueva poesía nacional: he ahí otros tantos factores que brindaban a sus inspiraciones y a sus ambiciones juveniles los halagos del éxito inmediato y fácil.

Sabemos, por otra parte, que Italia, magnífica restauradora de los géneros literarios greco-latinos y creadora, al mismo tiempo de estupendas euritmias métricas, decaía entonces entre los esplendores de un ocaso espectacular que fascinaba, pero viciadamente, a los mejores poetas y prosistas europeas, máxime a los franceses y españoles. Viciadamente decimos, porque al prestigio de los artistas de fondo, como Petrarca, Boccaccio, Maquiavelo,

Ariosto, había sucedido el fausto de los artífices de la forma, para quienes la palabra era medio y fin de sí misma, vestidura sin contenido, ficción estética: Filicaja, el Bembo, Marini príncipes de la “*elegantissima luxuries*”.

Fray Luis de León analiza y comprende el inútil boato de aquella literatura. Con la firme serenidad del buen gusto que ni en nuestros días se niega nadie a reconocerle, pese a todas las divergencias de proselitismos formales, le vemos dejar de lado las magnificencias retóricas y el preciosismo itálico; rechazar la altisonante y estilizada prosopopeya que prosperó en las vegas andaluzas de Sevilla y Córdoba, y

“huir de toda forma y de todo lenguaje
que no fueran acordes con el ritmo latente
de la vida profunda”.

Por eso, a cuatro centurias de distancia de su advenimiento, nos parece todavía escuchar la legendaria frase consagratoria de su espiritual serenidad: “Como decíamos ayer...”

A pesar de los esplendores imaginativos y eruditamente fraseológicos de Herrera y Góngora; por encima de la tribunicia sonoridad de las odas neo-clásicas de Quintana; a través de la exuberante orquestación de los románticos, y aun en medio del desconcierto estético, cuando no de las febricientes extravagancias de la hora presente, seguimos oyendo la voz del excelso renacentista español: “Como decíamos ayer... el verdadero sabio y el verdadero poeta son el sabio y el poeta de corazón. Los demás son leño sin vida y sin fruto que aploman, pisan y cansan la tierra”.

SUPREMA VICTORIA

Hemos preconizado la serenidad del sabio, del filósofo, del poeta, del místico, y justamente al preconizarla, hemos puesto en relieve la singular energía que fué don ingénito y virtud fecunda del insigne agustino.

Le hemos visto luchar sin desfallecimientos; producir sin fatiga; caer vencido sin doblegarse y triunfar sin jactancia. La persecución le engrandece; la victoria le retempla; el sosiego, le glorifica.

Quien, como él, pasa por el estadio de la vida, prodigiándose en acción inagotable y generosa; quien así combate contra el dolor, como en la noche bíblica Israel contra el Angel, hasta el amanecer de la justicia; quien en la cátedra y en la prosa y en el verso, entrega a sus contemporáneos y a la posteridad los destellos de su espíritu enervorizado en la fragua de la fe y de los más altos ideales humanos, ése, — nos decimos, — personifica el optimismo, lleva en sí las fuerzas vivas que en la antigüedad helénica iluminaban en el hombre contornos de semidiós, y en nuestros días le dan la investidura de los héroes.

Si la adhesión a un ideal puramente humano, produce esas admirables elevaciones del carácter y crea los hombres superiores, ¿qué efectos no producirá la Fe, como adhesión de la inteligencia y del sentimiento a Dios, Belleza y Justicia infinitas, término supremo de los que soñamos y de los que sufrimos?

Adhesión a un ideal humano y Fe religiosa son en la Historia dos principios dinámicos, y como tales, antagónicos de todo pesimismo.

La exclusión parece absoluta.

Y bien, señores: ¿os admiraríais vosotros si os dijera que Fray Luis, aquel espíritu inquebrantable y luminoso, siempre activo y ejemplarmente sereno, tuvo su crisis de angustioso pesimismo?

No obstante su temperamento? Sí. A pesar de su Fe sin eclipses? También.

¿Cómo? No hay en este hecho términos paradójales. Decidlo, si no, vosotros cuantos habéis probado la tortura de esas horas en que nuestro espíritu ya no confía en sus fuerzas, en que ya nada espera de la equidad humana, ni aun de los más hondos sentimientos afectivos; en que hasta el cielo parece cubrirse de tinieblas ciegas y sordas, las mismas que ahogaron un día en el Gólgota el clamor inmortal: “Padre, Padre, ¿por qué me has abandonado?”

En una de esas horas, — vosotros recordáis que no escasearon en su vida, — Luis de León vuelve su raciocinio, perturbado por el embate de todas sus angustias, al mundo moral y al mundo físico. Dijérase que su fortaleza flexiona entonces y que la exasperación de Job puede estallar en sus labios.

Siente y canta el dolor universal. Lo siente y canta en “la miserable y súbita mudanza” a que los humanos nos vemos expuestos; en la torturante inquietud con que perseguimos la inasequible dicha, creyéndola siempre inherente a la existencia ajena; en la vanidad de las ambiciones, en la falacia sarcástica de los placeres; en las sorpresas con que nos hostilizan los elementos atmosféricos.

Su tono y hasta su fraseología despiertan en nuestra emoción y en nuestra memoria coincidencias inesperadas con antiguos y modernos pesimistas.

Tal es la desventura
de nuestra vida y la miseria della,
que es próspera ventura
nunca jamás tenella.

Proclama, pues, la dicha del no ser . . . ¿Qué distancia
media de ahí a la maldición de la existencia que un día
quemó los labios del paciente idumeo?

De dó, señores, nace
que nadie de su estado está contento?

Ni pára en esa inquietud dolorosa nuestra infelicidad,
porque los seres no nos removemos en la naturaleza su-
friendo solos, como los condenados de ciertos círculos del
Infierno dantesco, sin acrecentar nuestro dolor con mutuas
rivalidades y persecuciones.

“Con rigor enemigo, — exclama el poeta filósofo de
Salamanca,

“las cosas entre sí todas pelean;”
mas el hombre consigo,
contra él todas se emplean
y toda perdición suya desean.

Ante esta desalentadora afirmación, evocamos la casi
idéntica del sombrío Schopenhauer: — “La vida es una
lucha de todos contra todos; una especie de historia natu-
ral del dolor”, palabras que consueñan con las de Lucrecio
y de Leopardi, los terribles profetas de la desesperanza.

Pero, señores, para ellos, como para Guyau y Hart-
mann, en el universo, insondable y monótona uniformidad
de la materia, sólo suena la canción sin fin de la muerte.

Y se comprende. “La nueva más espantosa que haya
cundido nunca a través de las edades, es la nueva de la
muerte de Dios”, — dice Tardieu en su libro “El Aburri-
miento”, analizando un aspecto etiológico del pesimismo.

La ausencia de Dios, en efecto, extiende la desolación del abismo en la naturaleza y en el espíritu del hombre. Torbellinos de odio que silban maldiciones, serpentean en sus tenebrosas profundidades.

Por eso, Fray Luis de León, creyente, sabio teólogo providencialista y místico, sólo puede tener con aquellos profetas del pesimismo ateo, una tangencia fugaz. Su alma reacciona. Los portavoces del pesimismo afirmaron “el valor de la desesperación”, Guyau, el admirable idealista, quería que se dijese “el valor de la esperanza”. Fray Luis avivó a sí mismo y transmitió a los siglos “el valor de la Fe”. Esa luz dulcemente vencedora lo señorea y eleva súbitamente a las altitudes de la gracia.

No condeno del mundo.
la máquina, pues es de Dios hechura, —

declara. El hombre aparece, desde ese instante, como un proscrito que se halla de tránsito en país extraño. A través del dolor, su vida gravita hacia la misericordia divina que le reserva la suprema serenidad de una dicha definitiva en la patria ideal.

No le basta, empero, para disipar las visiones pesimistas del mundo, la afirmación de Dios. El fervoroso misticismo del Maestro de Salamanca se nos revela aquí en forma tanto más piadosa cuanto más agria fuera su anterior angustia. Ha encontrado para sí y nos ofrece a todos los que, como él sufrimos, un puerto de inefable seguridad y de divina quietud: el pecho del que dijo: “Venid a mí todos los que estáis agobiados y yo os aliviaré”.

De ese modo, para sustraernos al desfallecimiento pesimista que nos amenaza en ciertas horas de prueba, el esclarecido poeta teólogo del siglo XVI, por impulso de inspirada intuición mística, nos conduce directamente al Corazón de Jesús.

... en la rica mina
del inmortal costado
muerto de amor, serás vivificado, —

nos dice. Vivificado, señores... porque así como el pesimismo ateo es sombra de muerte; la fe es agua de vida, es el agua de vida que ofreció a la Samaritana el Salvador junto a la fuente de Jacob.

¿Qué pesimismo podrá, con sus hálitos de muerte, herirnos en el interior de esa mina donde circulan raudales de vida inmarcesible? Abrevándose en ellos encontramos a Fray Luis de León, el Maestro magnífico en letras humanas y divinas, el intelectual que conoció los éxtasis de la verdad científica, y el místico que se immortalizó ascendiendo, en su existencia de dolor y de arte, de acción y de fe, a las esferas de una serenidad luminosa, precursora de su gloria en el tiempo y en el seno el Eterno, donde hoy, a cuatro siglos de distancia, se nos aparece, — como el mismo lo soñara, —

“en luz resplandeciente convertido”.

